

MITCH ALBOM

El pequeño mentiroso

Traducción de:

CRISTINA ZUIL GONZÁLEZ



MAEVA

*Para Eva y Solomon Nesser, así como para
todos los que llevaron un número en el brazo,
y para aquellos que siguen llorando por ellos.*

*«No son tus recuerdos los que acechan.
No es lo que escribiste en un papel.
Es cuanto has olvidado, cuanto aún debes olvidar.
Cuanto has de seguir olvidando el resto de tu vida».*

JAMES FENTON, Réquiem alemán

«Todo cambiará, todo menos la verdad».

LUCINDA WILLIAMS

Parte I

1943

—Es MENTIRA.

La voz de aquel hombre tan grande era áspera y grave.

—¿Qué es mentira? —susurró alguien.

—El lugar al que vamos.

—Nos llevan al norte.

—Nos llevan a la muerte.

—No es cierto.

—Lo es —dijo el hombre—. Nos matarán en cuanto lleguemos.

—No, nos han reubicado. ¡Nos llevan a casas nuevas! Se lo he oído decir a un chico en el andén.

—¡A casas nuevas! —añadió otra voz.

—No existen esas casas —les aseguró el hombre.

El chirrido de las ruedas del tren silenció la conversación. El hombre estudió la rejilla de metal que cubría la única ventana de este vagón apenas iluminado, destinado a llevar vacas, no seres humanos. No había asientos. Ni agua ni comida. Casi cien personas más estaban apiñadas en el interior, un bloque sólido de individuos. Ancianos con traje. Niños en pijama. Una madre joven que acunaba a un bebé contra el pecho. Solo había una persona sentada, una adolescente con el vestido levantado sobre un cubo de metal que les habían dado a los pasajeros para

que hicieran sus necesidades. Tenía la cara escondida entre las manos.

El hombre había visto suficiente. Se limpió el sudor de la frente y se abrió paso entre la marea de cuerpos hacia la ventana.

—¡Oye!

—Cuidado.

—¿Adónde vas?

Llegó a la rejilla e introdujo los gruesos dedos por los agujeros. Gruñó con fuerza. Con la cara contorsionada, empezó a tirar de ella.

Todas las personas del vagón de ganado se quedaron en silencio. «¿Qué está haciendo? ¿Y si vienen los guardias?». En la esquina, un chico desgarrado llamado Sebastian permanecía de pie, apoyado en la pared, observando la situación. Al lado se encontraba casi toda su familia: su madre, su padre, sus abuelos y sus dos hermanas pequeñas. Sin embargo, al ver que el hombre empezaba a tirar de la rejilla, se centró en una chica de pelo oscuro a unos metros de distancia.

Se llamaba Fannie. Antes de que empezaran los problemas, antes de los tanques, los soldados, los ladridos de los perros y los golpes a medianoche en la puerta, antes de que reunieran a todos los judíos en Salónica, su ciudad natal, Sebastian creía que estaba enamorado de esa chica, si se puede llamar amor a lo que se siente con catorce años.

Nunca había hablado de ese sentimiento, ni con ella ni con nadie. Sin embargo, ahora, por alguna razón, notaba cómo se henchía en su interior, por lo que siguió con los ojos fijos en ella mientras el hombre agitaba la rejilla hasta que la despegó de la pared. Con un último tirón, la liberó y la dejó caer. Una bocanada de aire entró por el

rectángulo abierto a través del que todos pudieron contemplar el cielo primaveral.

El hombre no perdió el tiempo. Se impulsó por el hueco, pero era demasiado pequeño para que le cupiera la gruesa barriga por él. Se dejó caer en el suelo con una maldición. Un murmullo cruzó el vagón.

—Alguien más pequeño —propuso una voz.

Los padres se aferraron a sus hijos. Durante un momento, nadie se movió. Sebastian cerró los ojos, respiró hondo y agarró a Fannie por los hombros antes de empujarla hacia delante.

—Ella entraría.

—Sebastian, ¡no! —exclamó Fannie.

—¿Dónde están sus padres? —preguntó alguien.

—Muertos —contestó otra persona.

—Venga, pequeña.

—Deprisa, niña.

Los pasajeros la arrastraron a través de la aglomeración de cuerpos mientras le tocaban la espalda como si depositaran sus mejores deseos en ella. Llegó hasta el enorme hombre, que la aupó hacia la ventana.

—Primero, las piernas —le indicó—. Cuando aterrices, hazte un ovillo y rueda.

—Espere...

—No podemos esperar. Debes salir ya.

Fannie se giró hacia Sebastian, que tenía los ojos inundados de lágrimas. «Nos volveremos a ver», dijo, aunque solo para sí. Un hombre con barba que había estado musitando oraciones avanzó hasta la chica para susurrarle algo al oído.

—Sé buena persona —le pidió—. Cuéntale al mundo lo que ha ocurrido aquí.

Fannie abrió la boca para hacer una pregunta, pero, antes de conseguirlo, el hombre enorme la empujó por el agujero y la hizo desaparecer.

El viento aullaba a través de la ventana. Durante un momento, los pasajeros se quedaron paralizados, como si esperaran que la niña fuera a volver arrastrándose. Cuando no ocurrió, comenzaron a empujarse hacia la ventana. Una oleada de esperanza se extendió por el vagón. «¡Podemos salir! ¡Podemos marcharnos!». Se apretaban los unos contra los otros.

Entonces...

¡BAM! Un disparo. Varios. Mientras los frenos del tren chirriaban, los pasajeros se apresuraron a colocar de nuevo la rejilla en la ventana. No hubo suerte. No se sujetaba. Cuando el vagón dejó de moverse, las puertas se abrieron de par en par y un oficial alemán de pequeña estatura con la pistola en alto apareció en el umbral bajo la luz cegadora.

—*Halt!* —gritó.

Sebastian vio que las manos se alejaban de la ventana como si fueran hojas muertas que cayeran de una rama al agitarla. Miró al oficial, a los pasajeros, a la adolescente que lloraba sobre el cubo de residuos, y supo que su última esperanza se había desvanecido. En ese momento, maldijo al miembro de su familia que faltaba, su hermano pequeño, Nico, y juró que lo encontraría algún día, que le haría pagar todo aquello y nunca, jamás, lo perdonaría.

Dejad que os cuente quién soy

PODÉIS CONFIAR EN la historia que estáis a punto de leer. Podéis creéroslo porque os la estoy contando yo y soy el único ser en el mundo del que podéis fiaros.

Algunos dicen que podéis fiaros de la naturaleza, pero no estoy de acuerdo. La naturaleza es voluble; las especies que al principio sobreviven acaban extinguiéndose. Otros sugieren que podéis confiar en la fe. ¿Qué fe?, pregunto.

En cuanto a los humanos... Bueno, lo único que se puede esperar de ellos es que se protejan a sí mismos. Cuando se ven amenazados, destruyen lo que haga falta para sobrevivir, especialmente a mí.

Sin embargo, soy la sombra de la que no podéis escapar, el espejo que revela vuestro último reflejo. Quizá esquivéis mi mirada durante todos vuestros días en la Tierra, pero os puedo asegurar que seré lo último que veáis.

Soy la Verdad.

Y esta es la historia de un chico que intentó corromperme.

A lo largo de los años, durante el Holocausto y después de él, se escondió, cambió de nombre, de vida. Sin embargo, al final debió de intuir que acabaría encontrándolo.

¿Quién mejor que yo para delatar a un pequeño mentiroso?

«¡Qué niño tan bonito!»

DEJAD QUE OS lo presente antes de que empezaran todas las mentiras. Mirad esta página hasta que vuestros ojos vayan a la deriva hacia una inconsciencia neblinosa. Ah, ahí está. El pequeño Nico Krispis está jugando en las calles de Salónica o Tesalónica, una ciudad griega cerca del mar Egeo que data del 300 a. C. Aquí las ruinas de las antiguas termas se mezclan con los tranvías y los coches de caballos, el bullicio del mercado del aceite de oliva y los vendedores ambulantes que anuncian las frutas, el pescado y las especias que han conseguido en los barcos del muelle por la mañana.

Corre el año 1936. El sol veraniego calienta los adoquines que rodean la famosa Torre Blanca, una fortaleza del siglo xv construida para proteger las orillas de Salónica. En un parque cercano, los niños sueltan chillidos de alegría por un juego llamado *abariza*, en el que dos equipos dibujan con tiza cuadrados en el suelo y se persiguen mientras saltan de uno a otro. Si los atrapan, deben permanecer en ese cuadrado hasta que los «libere» otra persona de su equipo.

Nico Krispis es el último que queda de su grupo. Un chico mayor, Giorgos, lo está persiguiendo y, cada vez

que se acerca demasiado, los niños capturados gritan: «¡Cuidado, Nico!».

El niño sonríe. Es rápido para su edad. Zigzaguea hasta una farola, se sujeta a ella, gira y se impulsa como una honda. Giorgos mueve los brazos. Se ha convertido en una carrera. El pie de Nico roza el borde del cuadrado de tiza justo en el momento en el que el chico mayor le coloca una mano en el hombro.

—*Abariza!* —grita mientras los niños se dispersan—. *Liberté!* ¡Libertad!

—No, no, te he pillado —le asegura Giorgos—. Te he tocado antes de que llegaras.

Los niños se quedan paralizados. Se giran hacia Nico. ¿Qué va a ocurrir? Se mira la sandalia. Luego, a Giorgos.

—Tiene razón —dice—. Me ha pillado.

Sus compañeros de equipo gruñen. Se alejan con largas zancadas.

—Jo, Nico —se lamenta uno—, ¿por qué siempre tienes que decir la verdad?

Sé por qué. Siempre reconozco a mis admiradores.

AHORA QUIZÁ OS ESTÉIS preguntando por qué quiero centrarme en ese niño. ¿Qué interés puede suscitar? ¿No debería poder hablar la Verdad de mil millones de vidas más, desvelar relatos íntimos de su tiempo en la Tierra?

La respuesta es «sí». Pero, con Nico, os ofrezco una historia relevante, una que no se ha contado jamás. Incluye mentiras, grandes engaños, pero también verdades importantes, un corazón roto, guerras, familia, venganza y amor, la clase de amor que se pone a prueba una y otra vez. Antes de que la historia termine, hay incluso un

momento mágico, que contrasta con el tapiz infinito de la fragilidad humana.

Cuando terminemos esta historia, pensaréis: «Es imposible». Pero ahí está la gracia de la verdad: cuanto menos real parece algo, más personas quieren creerlo.

Si hablamos de Nico Krispis, debes tener en cuenta lo siguiente:

A los once años, no había dicho ni una mentira.

Eso lo convirtió en una persona notoria, al menos ante mis ojos. Si sacaba un bollo a hurtadillas de la cocina, lo admitía en cuanto le preguntaban. Si su madre decía: «Nico, ¿estás cansado?», confesaba que sí, aunque tuviera que irse temprano a la cama.

En la escuela, si no era capaz de contestar a la pregunta de un profesor, de forma voluntaria admitía que no había hecho la tarea. Los demás estudiantes se reían de su sinceridad. Pero su abuelo, Lazarre, a quien su nieto adoraba, le había enseñado mi preciado valor desde que era pequeño. Cuando el niño solo tenía cinco años, estaban sentados cerca del puerto, contemplando el golfo a los pies del majestuoso monte Olimpo.

—Un amigo mío me dijo que ahí vivían los dioses —comentó el pequeño.

—Solo existe un Dios, Nico —contestó Lazarre—. Y no vive en una montaña.

El niño frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué iba a decir algo así mi amigo?

—La gente dice muchas cosas. Algunas son verdad. Otras, mentira. En ocasiones, si decimos una mentira muchas veces, los demás acaban creyendo que es verdad. Nunca seas de los que dicen mentiras, Nico.

—No lo haré, abuelo.

—Dios siempre nos está observando.

Tres cosas que debes saber sobre Nico Krispis:

1. Tenía gran facilidad para los idiomas.
2. Podía dibujar casi cualquier cosa.
3. Era un niño guapísimo.

El tercer aspecto se volverá significativo a medida que avancemos. Nico había sido bendecido con los mejores rasgos de su padre, un tabacalero alto y musculoso, y de su madre, una mujer rubia que hacía de voluntaria en un teatro local con la esperanza de subir al escenario. No merezco ningún mérito por las características físicas de una persona, pero te puedo asegurar que sea cual sea su aspecto, la verdad lo mejorará. Me reflejo en los ojos.

Nico me llevaba en los suyos, en una cara tan agradable que incluso los extraños se detenían para admirarlo. «¡Qué niño tan bonito!», decían mientras le tocaban las mejillas o la barbilla. A veces añadían: «No parece judío». Otra característica que, durante la guerra, también sería importante. Sin embargo, lo que más atraía del pequeño a los extraños, por encima de su ondulado pelo rubio, brillantes ojos azules o labios voluminosos que enmarcaban unos llamativos dientes blancos, era su corazón puro. No encerraba ni un ápice de maldad.

Era un chico destinado a que todos lo creyeran.

Con el tiempo, las personas del barrio empezaron a llamarlo Chioni, que significa «nieve», porque no parecía conocer los defectos terrestres. ¿Cómo no iba a fijarme en una criatura así? En un mundo lleno de mentiras, la sinceridad brilla como el papel de aluminio bajo el sol.